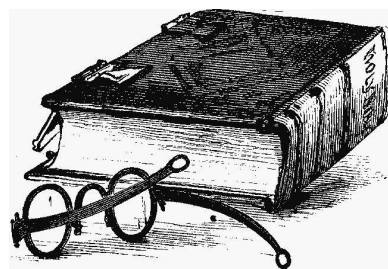


Leamos La Biblia Entera



Jesse A. Hadley

Una familia que fielmente tenía su culto diario, nos cuenta de la bendición que recibieron por la lectura de la Biblia entera en sus devociones.

¿Por qué no se lee la Biblia entera en los cultos de familia, es decir, por qué no principiar con Génesis y leer capítulo por capítulo hasta el último capítulo de Apocalipsis? Alguien contesta: “No veo ninguna razón por no hacerlo.” ¿Entonces por qué no lo hacemos?

No propongo menospreciar los muchos libros devocionales que se venden en las librerías cristianas y las lecturas diarias que se encuentran en las revistas de la Escuela Dominical. Seguramente Dios ha bendecido su uso. Sin embargo quiero contar cuán buena y recomendable es la lectura repetidas veces de la Biblia entera desde Génesis hasta Apocalipsis.

Principiamos a leer en esta forma más o menos hace dieciséis años. Un domingo nuestro pastor nos habló de las bendiciones que se reciben por medio del culto de familia en el hogar. Nos aconsejó: “Aparten algún tiempo diariamente para unir la familia entera. Lean un capítulo de la Biblia y oren.” Recuerdo que él sugirió que comenzaremos con el Evangelio de San Juan.

La sugerencia pareció bien a mí y a mi novio. Por lo tanto propusimos establecer la costumbre cuando estableciéramos nuestro hogar. Juntos hablamos sobre la idea pero luego se nos vino otra idea: “¿Por qué esperar hasta después de nuestro matrimonio?” Cada día tuvimos nuestra visita ya que él trabajaba en la finca de mi papá. Así principiamos y la práctica nos trajo muchas bendiciones.

Leímos el evangelio de San Juan, después el libro de Los Hechos, y enseguida por turno escogimos algún otro libro. Una vez escogimos Génesis y al terminarlo dispusimos seguir en orden los demás libros del Antiguo Testamento. Sin omitir capítulo alguno, leímos aun los capítulos de sólo nombres, otros de historia de guerras, de las penas de los israelitas, entonces los profetas, y finalizamos el Antiguo Testamento. Seguimos por orden los libros del Nuevo Testamento y cuando leímos el último capítulo de Apocalipsis, sentimos gran satisfacción. Habíamos leído la Biblia de pasta a pasta y deseamos hacerlo otra vez.

Cuando nos hallamos en nuestra propia casa, apartamos un tiempo antes del desayuno. Somos campesinos y tenemos vacas lecheras. Al terminar el ordeño y levantar a los niños, nos reunimos en la sala. Hermanita reparte a cada uno una Biblia. Hermanito se sienta al lado de su madre. El nene está en su corralito. Abrimos nuestras Biblias al capítulo que nos toca y Mamaíta lee el primer versículo. Hermanito lo repite solemnemente y con satisfacción se queda sentado en su sillita. Papá lee el segundo versículo. Hermanita lo repite y enseguida hojea las páginas de su Biblia, y mientras sigue la lectura, lee las palabras que ella conoce. Ya le toca a Mamá y después

a Papá y sucesivamente hasta finalizar el capítulo. Cuando algún trabajador o visita nos acompaña, le ofrecemos una Biblia y le invitamos a leer con nosotros.

Terminada la lectura, todos no arrodillamos. Mamá ora primero, entonces Papá. Hermanito ya comienza a hacer sus propias oraciones y contamos los días para oírle formar sus oraciones formales. Las Biblias se guardan. El nene pide ser sacado de su corralito, y todos nos damos prisa a desayunar. El día ha tenido su buen principio.

Los domingos leemos la lección de la Escuela Dominical de modo igual y por un cambio agradable, los días entre la fiesta de Acción de Gracias y la Navidad, leemos los capítulos sugeridos por la Sociedad Bíblica Americana.

Como práctica recomendable (es decir del punto de vista mío) o hay que leer la Biblia entera, inclusive las genealogías, las profecías y las partes que según San Pedro contienen “algunas cosas difíciles de entender”. Seguramente Dios incluyó todo con propósito y creo que muchos echan a perder una bendición cuando saltan tales porciones.

La lectura en esta forma nos da un cuadro completo de la Biblia. Eso no implica que se logra ver el cuadro completo con la primera lectura, tampoco con la segunda, pero es como armar un rompecabezas. Cada vez que lo arma, más fácil es saber en qué lugar le toca cada pieza.

- de San Juan 3:16